

Cualquier Movimiento Pensante, Peligroso en Argentina

SEÑOR Director: Habiendo leído en la Sección Foro de EXCELSIOR del 23 de abril el informe sobre la ofensiva contra la siquiatria en la Argentina y sabiendo que en ese país las persecuciones inquisidoras no se limitan a los psicólogos ni a la presente situación político-militar, he supuesto oportuno tratar de hacer públicas estas reflexiones con sabor a tango amargo.

"Tus ojos se cerraron y el mundo sigue andando" filosofocantaba Carlos Gardel rescatando alguna sentencia que murmuraba entre los callejones de los suburbios porteños. Y aunque no se hubiesen institucionalizado aún las canciones de protesta ni fuese su más remota intención apartarse de la anécdota amorosa que le proveyera los versos de Le Pera, empieza a sentirse que en la patria del tango esta frase va adquiriendo patética vigencia.

No es esta la oportunidad para la polémica política porque de lo que se trata es apenas de señalar cómo es posible que la falta de sentido crítico, del más elemental sentido común, se encarama al poder político de nuestros pueblos ignorando que la historia sigue su curso inexorable. En la turbulenta Argentina de los últimos decenios se viene poniendo en tela de juicio si para espantar al fantasma comunista es necesario o no "cerrar los ojos" al conocimiento de ciertas filosofías, ciencias, técnicas o artes que "ponen en peligro" al sistema establecido. Ya durante el Isabelato el ministro de Educación que retornara con Perón al gobierno expresó públicamente que Marx y Freud deberían desaparecer de los centros de enseñanza del país. El mismo ministro, doctor Oscar Ivanisevich, en las glorias del peronismo de la primera etapa, inaugurando el Salón Nacional Anual de Artes Plásticas, enfatizó que los pintores abstractos no eran artistas sino cementes.

Luego de varios intentos de los diversos desgobiernos que soportó la Argentina en el último medio siglo parece que por fin ya se lograron cerrar los ojos del país ante muchas luces del pensamiento y la creatividad que, quierase o no, pertenecen a esta tierra, a esta humanidad, a este tiempo de la historia.

Los psicólogos y los sociólogos son peligrosos. Los intelectuales despabilados y comprometidos con su tiempo y con su gente son peligrosos. Los pintores abstractos también. La sospecha recae ya no sobre individuos o grupos políticos "peligrosos", sino sobre cualquier movimiento pensante que intente profundizar en la compleja realidad del hombre. Se trata de un fantasma, no caben dudas para estos Torquemadas de nuestra era que, en la última instancia, le están dando la razón a Marx y a Freud. Las personas no cuentan. Las ideas tampoco. La caza de brujas se desencadenó sin timideces ya promediando los años 60, con Onganía, en la Argentina. Luego se vivió un idilio onírico mientras el sistema se acomodaba en el interinato de Cámpora. Pero pronto la inteligencia y el conocimiento volvieron a la condenación de las sombras.

Los psicólogos volvieron a ocultarse tras carteles de "parto sin dolor" para poder seguir ejerciendo. Los sociólogos se debieron disfrazar de calculistas en estadísticas. Los artistas debieron esconderse o huir del país porque no tenían cómo disimular su actividad. La triple A fue implacable con

el pretexto de luchar contra la guerrilla. El pacto de sangre de la regresión estaba sellado. Hoy llegan noticias de que todo está claro, institucionalmente ordenado: los artistas que no se limiten sólo a entretener no tienen acceso a la comunicación pública; la censura a la prensa, a las editoriales y a todos los medios de comunicación masiva o selectiva es oficial; los sociólogos y los psicólogos dejan de serlo por decreto; la población ilustrada es el mayor peligro en la Argentina de los últimos tiempos.

Que el sistema se defienda, quierase o no, es entendible. Pero que el sistema sea estúpido no. El hábito de despreciar la inteligencia y la cultura no es nuevo en la Argentina "oficial".

En todo caso el oficialismo parece estar dispuesto a seguir alimentando uno de los objetivos de la guerrilla que consiste en presionar a que el sistema se identifique con su imagen más cavernaria.

Así, la polarización de la lucha es total: "Para el sistema establecido sólo borrando del mapa todo vestigio de evolución puede contenerse a la insurrección comunista; para la guerrilla sólo forzando a que el sistema se defina con su máximo rigor regresivo puede llegarse a la explosión revolucionaria". Así, pasan al campo de los humillados ya no solamente los de más miserable condición económica y social sino toda la inmensa masa intermedia que siente amenazada su seguridad económica, sus posibilidades de desarrollo social, su libertad de crecimiento. Y el sistema establecido se aísla inexorablemente de las mayorías, las convierte en su formidable enemigo y renuncia definitivamente a la historia.

Desde una óptica freudiana se diría que el sistema acusa una aguda crisis esquizo-paranoide. Los gobernantes pierden contacto con los gobernados, como si se tratara de dos mundos separados y chocan contra la realidad que son esa mayoría y esa historia que ya no pueden reconocer. Entonces delirarán con fantásticas soluciones que no hacen más que profundizar la crisis desencadenada.

Desde el marxismo podría decirse que el juego dialéctico entablado entre las clases sociales en pugna lleva inevitablemente a este tipo de enfrentamiento y que estas crisis ayudan a apresurar los procesos liberadores.

Lo cierto es que nadie ha podido jamás detener el curso de la historia. Aunque esa historia está llena de personajes sórdidos que logran sacrificar generaciones enteras de pueblos indefensos. Y lo cierto es, también, que el hombre se distingue de otros animales sólo por su condición cultural, por su posibilidad de hacer historia, por el desarrollo de su inteligencia y de su sensibilidad.

Desconocer tal grado de obvedad implica demasiado primitivismo para un país como Argentina. Es sin duda una autocondena para los eternos improvisados "salvadores de la patria", pero, por sobre todo, una nueva estéril amputación en el drama de la convivencia humana.

Argentina está en la órbita regresiva... "e pour si muove", como tenía razón Galileo. "Tus ojos se cerraron y el mundo sigue andando", seguirá cantando Gardel. Mientras, los argentinos seguimos esperando que gobierne la sensatez.

Adolfo García Videla